

EL SUJETO LITERARIO MUJER:

Breve reseña de una presencia silenciada

Rosa Isabel Galdona Pérez
IES San Andrés



Evocar el protagonismo de la mujer - en cualquiera de los órdenes de la vida- continúa dando origen, en no pocas ocasiones, a suspicacias de la naturaleza más variopinta. Desgraciadamente estos inicios de nuevo siglo que protagonizamos -por otro lado tan prometedores- siguen siendo testigos de esa realidad hoy por hoy innegable. Esas suspicacias afloran, por ejemplo, en la tendencia generalizada que determinados sectores conservadores tienen a criticar o rechazar un mal entendido concepto de feminismo, demonizándolo sin ambages en ocasiones o marcándolo, cuando menos, con una deliberada carga peyorativa que lo aboca al desprestigio social.

Aquí, obviamente, no vamos a entretenernos en fomentar controversias cuya vigencia sólo se explica en el interés masculino por mantener sus ancestrales privilegios de género al abrigo del orden establecido (establecido por ellos, claro). No lo vamos a hacer porque no es necesario descalificar unos argumentos caducos que ya se caen ellos solos y porque creo que huelga adentrarnos en intrincados vericuetos para redimir de no se sabe qué pecados al feminismo.

Huelga porque cualquier persona medianamente informada sobre la evolución social y cultural de nuestro llamado mundo occidental sabe ya -en pleno 2003- que el concepto, bien entendido, es sólo portador de **intenciones de conciliación histórica**, esto es, de voluntad de subsanar el silenciamiento que el protagonismo de media humanidad, la mitad compuesta por las mujeres, ha sufrido desde tiempo indecible.

Pues bien, con ese objetivo de conciliación histórica como referente principal, y desde una óptica sosegada y madurada en el análisis literario, quiero compartir con el lector una reflexión sobre la presencia constante de la mujer creadora en la Literatura, sobre el papel que como **sujeto hacedor de ficciones** -que diría Aristóteles- ha desempeñado desde antiguo y a pesar de la marginación sistemática de que ha sido objeto. Sobre su protagonismo en tanto que escritora y sobre su característica mirada al mundo en tanto que individuo sometido y abocado a la marginación cultural.

Siempre, desde que era pequeña, me llamó la atención el hecho de que las lecturas que caían en mis manos -libros, periódicos, revistas o tebeos-, las películas que me ofrecía la televisión o las noticias de las que oía hablar a mis mayores tenían como protagonistas a los hombres. Políticos, académicos, pintores, directores de empresas, supermanes y guerreros del antifaz dominaban invariablemente el panorama que alcanzaban mis ojos. Las mujeres, mientras tanto, trabajaban en la antesala de los directores y políticos mecanografiando sus papeles. Otras gritaban desvalidas ante peligros fantásticos que daban sentido al valor desmedido de los héroes. Otras alegraban los burdeles en los que aquella hipócrita sociedad desahogaba su fogosidad más ínicua. El resto, gastaba su vida en cocinar al abrigo del hogar de todos los hombres del mundo.

Yo me consolaba pensando que aquella realidad tan desalentadora, tan yerma y desprovista de horizontes para cualquier muchacha como yo, tenía que ser falsa. Y lo era,afortunadamente. Mucho tiempo después, recuperada ya de la perplejidad decepcionada que me embargó en aquella época, he llegado a descubrir con no poco esfuerzo y ayuda que la insatisfacción que me invadía entonces, lejos de ser excepcional, era razonable. Y más aún, que aquel protagonismo femenino que echaba inconscientemente de menos a mi alrededor existía y existe. Incluso en la literatura.

Parece innegable en la actualidad que, por cuestiones de privilegio histórico, el hombre ha ostentado durante siglos una relevancia social y cultural que le ha permitido acaparar la escena pública. Ello, a su vez, le ha capacitado para investir de trascendencia su propio entendimiento del mundo accediendo de forma exclusiva a la educación y, en consecuencia, al poder de permanencia en la memoria por medio de la palabra. Porque él estudió y nombró el mundo a su antojo y a su antojo lo modeló y como quiso lo ha inmortalizado en el lenguaje para el recuerdo de venideras generaciones.

A cargo de la mujer, por su parte, quedaron las labores del ámbito doméstico. Unas labores obviamente esenciales para la supervivencia de cualquier sociedad, pero infravaloradas y hasta despreciadas desde una óptica masculina que destaca sólo aquello que tiene asumido como propio. Y es así como frente a la trascendental tarea del hombre, frente a la supremacía de su exclusivo derecho a pensar y tomar decisiones en nombre de toda la humanidad quedó perfilada a contraluz la banalidad insustancial de lo femenino. Sin embargo, parece lógico pensar que sin la aportación de la mujer, sin su trabajo callado y su

asumida capacidad de sacrificio, pocos hombres habría habido capaces de *escribir la historia*.

Resulta, en efecto, una suposición más que aceptable el hecho de que los hombres no han podido forjar solos la Historia. A poco que reflexionemos sobre ello advertiremos que ha sido necesaria y permanente la aportación de las mujeres. Por ejemplo, como soporte estratégico en los conflictos bélicos -desempeñando sus incansables roles de *enfermera-concubina-cocinera* del valiente soldado-; o como esposa abnegada y anónima de cada genial escritor, de cada tosco campesino, de cada político empecinado, de cada artista tocado por la mano inefable de la inspiración. Y cómo olvidar su insustituible y trascendente papel reproductor, gracias al cual han nacido todos y cada uno de los hombres mediocres y sublimes del mundo...

Decía Virginia Woolf, destacando la importancia de esta cuestión que las mujeres "[h]emos concebido y criado y lavado y enseñado, tal vez hasta los seis o siete años, los mil seiscientos veintitrés millones de seres humanos que ahora pueblan el mundo [...] y eso también toma su tiempo"². Toma su tiempo y merece un reconocimiento mayor al recibido hasta ahora, habría que añadir. Si la Historia es cosa de todos los seres humanos, es necesario atender a todos los grupos de la especie -raciales, sexuales o culturales- para obtener una visión global que nos represente a todos sin exclusión. Porque sólo así podrá escribirse sin lagunas la verdadera Historia de la Humanidad.

Rescatar el protagonismo de la mujer pasa por aceptar la existencia de esa pluralidad de voces que confluyen en el entramado histórico global. Unas voces que son a veces gritos y a veces murmullos, pero que hablan siempre, a poco que uno quiera escuchar. Unas voces que están presentes también en la literatura como manifestación cultural femenina en primera persona. Unas voces que dan fe de la presencia de la **mujer sujeto** en la tradición literaria y que sin embargo han sido tantas veces ninguneadas y marginadas por el Relato canónico masculino.

En esa tradición ortodoxa construida **desde la mirada del hombre**, la mujer escritora ha sido desde antiguo una excepción esporádica. Su presencia más habitual era de otra naturaleza, esto es, como **objeto-personaje** modelado a la medida de las fantasías masculinas. En nombre de la inspiración, ese objeto femenino artificial ha sido enérgicamente denostado o elogiado hasta la saciedad por maestros de la palabra de todas las épocas. Desde la esclava romana hasta el ángel doméstico victoriano, pasando por la dulce doncella medieval o por la platónica amante renacentista, la mujer ha sido escrita incansablemente por el hombre como una *ficción masculina de la feminidad*. Para Aurora López y M^a Ángeles Pastor ese hecho tiene una explicación:

La mujer durante siglos ha sido hablada [...] El no haber tenido acceso a los mecanismos de un dominio hegemónico, de un pensamiento universal que se definía como masculino, ha supuesto, evidentemente, silenciar e incluso negar la posible existencia de una visión del mundo femenina ajena al orden del discurso, al margen de ese paradigma universal³.

Efectivamente, de la existencia sometida al dominio masculino que han llevado durante siglos las mujeres deriva la anulación cultural de la que se ha pretendido hacerla objeto. Sin embargo, su tradición ha conseguido subsistir. Y no es exactamente como nos habí-

an contado que era. Existe y tiene voz propia. Y para conocerla, tal como nos advierte la cita anterior, tenemos que adentrarnos en los parámetros más marginales del paradigma cultural universal, en el terreno de aquello que aguarda arrinconado en el trastero de la Historia literaria. Como recompensa a ese ejercicio de *(des)orden* de la cultura oficial aprendemos a hablar entre pucheros y pañales y a contar leyendas con la abuela al calor del fogón. Entramos así, en otras palabras, en las coordenadas literarias de la **mirada femenina**.

La huella de lo femenino queda al descubierto con el llanto de la enamorada, con la canción de cuna de la madre, con la sonrisa libidinosa de la concubina, con el sufrimiento anónimo de la esposa humillada, con el grito demoníaco de la loca o con la sonrisa inocente de una niña cualquiera. Sale a la luz, en definitiva, con tantas escritoras olvidadas por la Historia que nos han dejado el testimonio de su palabra como prueba irrefutable de su existencia.

Evocar el protagonismo de Safo en la Antigüedad clásica, de Wallada en la España musulmana o de las audaces trobairitz⁴ que se abrieron paso entre la élite trovadoresca provenzal puede ilustrar la magnitud del arraigo cultural de una tradición a la que, sin embargo, se le ha dado insistentemente la espalda. Y podríamos continuar con Teresa de Ávila, Gertrudis Gómez de Avellaneda, George Sand, Emilia Pardo Bazán, Emily Dickinson, las hermanas Brontë, Jane Austen, Concepción Arenal, etcétera, etcétera.

Pero lo cierto es que escribir era para una mujer, hasta hace no tanto tiempo, una actividad censurable y cargada de connotaciones negativas, puesto que la alejaba de su supuesto destino de esposa exclusivamente dedicada al hombre. Términos despectivos como "bachillera" aluden a esa antinatural inclinación de la mujer por el saber y ella los evitaba estudiando en la clandestinidad -como Carolina Coronado-; ocultándose tras seudónimos masculinos - como hizo Fernán Caballero- o abrazando falsas profesiones de fe como le sucedió a sor Juana Inés de la Cruz.

Sin embargo, pese a tanta hostilidad social, la atracción por la escritura solía ser superior a cualquier condena disuasoria. Muchas veces, en efecto, se ha dedicado la mujer en la escarpada tarea de escribir, aun a sabiendas de que cada vez que cogía la pluma estaba protagonizando lo que Rosa María Rodríguez Magda, ha denominado un "anónimo concubinato con el Logos"⁵.

Gracias a ese valiente amancebamiento femenino con la cultura, la literatura de mujeres llega hasta todos nosotros como el maravilloso testimonio de una inédita sensibilidad artística. Una extensa tradición escrita en la que ella no es el objeto descrito, sino el **sujeto que escribe** y cuenta su particular visión del universo. Un importante legado de voces femeninas viene desde muy atrás sembrado de personalidad los renglones más tímidos de la Historia. Unos renglones llenos de confesiones, de diarios, de poemas y relatos que dan fe de su labor secular contando la existencia, su existencia en primera persona:

Siempre, desde los mismos orígenes de la literatura, ha habido escritoras, aunque sus nombres hayan sido callados y sus libros, silenciados. Aunque "censurada", tenemos y hemos tenido literatura [...] La marginación configura la tradición y la historia de las mujeres; y a menudo el presente [...] El silencio no es inocente. Vale la pena romperlo y explicar y leer y estudiar también la literatura producida por las mujeres de todos los tiempos, lo que significa conocer y disfrutar de su concepción del arte y de su percepción del

mundo [...] y heredar por fin, un patrimonio artístico que legítimamente -a hombres y mujeres- nos pertenece: nuestra completa tradición escrita⁶.

Pero llegados a este punto de la reflexión puede parecer oportuno plantearse una pregunta: ¿es portadora esa tradición femenina de alguna excelencia excepcional capaz de justificar tanta controversia suscitada en su nombre? ¿Hay algo de específico en su naturaleza que la haga extraordinaria? La respuesta para nosotros es clara: la única singularidad que la define genéricamente es aquella que le confiere su clandestinidad secular, una clandestinidad que se perfila en los textos en forma de experiencia de mujer culturalmente condicionada. Por lo demás, no nos cabe duda que será una tradición compuesta obviamente por buena y mala literatura, como sucede con la masculina.

Por eso no queremos que se identifique nuestra intención con la redención arbitraria de *todo escrito de mujer*. Tal pretensión sería, sencillamente, absurda porque nos parece que no debe atenderse al sexo del sujeto creador para juzgar la calidad del objeto creado, so pena de seguir cayendo en el viejo error de fomentar protagonismos excluyentes de género. Pero lo que sí queremos es conseguir que todo objeto creado tenga la misma oportunidad de ser valorado y de trascender. Y eso sólo será posible sacando a la luz toda la literatura femenina, concediendo a las escritoras el derecho a ser atendidas y estudiadas y conocidas por la Historia en una medida que no comporte, ya más, discriminación genérica alguna. Porque sólo así la tradición escrita que leguemos a los han de venir detrás estará completa.

Hoy, en pleno siglo XXI, podemos decir en voz alta que las mujeres escribimos sin cortapisas ni condicionamientos dignos de mención. Escribimos en libertad y en igualdad de oportunidades, pero no deberíamos olvidar el esfuerzo ancestral, proscrito y titánico sobre el que se ha construido nuestro bienestar cultural presente. En virtud de ese bienestar podemos, por ejemplo, disfrutar con un repertorio cada vez mayor de nombres femeninos rescatados para el estudio y la memoria. Las colecciones, antologías y compilaciones de autoras hasta hace poco desconocidas llenan las librerías y así, cuentistas, novelistas o poetas llegan hasta nosotros para regalarnos el privilegio de contar el mundo en femenino, desde los ojos de ella.

El discurso literario, nadie lo duda, tiene la virtud de inventar el mundo, cualquier modelo de mundo, gracias a la magia del lenguaje. Pero claro, el discurso nace del sujeto que lo origina, de la subjetividad que el escritor o la escritora le confiere al darle forma. Y la subjetividad es, precisamente, la que nos (des)vela la óptica desde la que se contempla, se vive y se (re)crea la realidad. Por ese motivo nos parece útil la literatura para (des)cubrir la perspectiva desde la que la mujer observa el mundo y lo escribe.

Con su mirada escrita, con su singular percepción ficcionalizada de las cosas, se dan a la luz muestras verdaderamente hermosas de la sensibilidad femenina. Veamos como ejemplo un poema de Pino Betancor que, medido por un sosegado tono de amargura, parece evocarnos la triste existencia de cualquier mujer anónima:

*De terciopelo y seda era su cuerpo,
pero no lo vio nadie.
La enseñaron, ya desde muy pequeña,
a trabajar muy duro y no quejarse.*

*A levantarse al alba, blanca y fría,
a ser ave sin vuelo, flor sin aire.
Un día marcha a la ciudad inmensa.
Allí conoce a un hombre, uno de tantos,
pequeño y arrogante.
Los hijos le vendrán sin desearlos,
sin desear a nadie.
Y seguirá cosiendo y cocinando.
Es su deber. No lo discute nadie.
La vida va pasando lentamente
detrás de los cristales.
La enseñaron a ser el pan que se cocina,
la mesa que se pone, la ceniza que arde,
y así vivió su triste y corta vida,
ignorada e ignorante
de todas las bellezas de la tierra.*

*[...]
Un día se durmió en la vieja mecedora.
Para siempre. Sin haber florecido.
Marchita ya la tez, marchita el alma.
Como tantas mujeres innumerables.
De terciopelo y seda fue su cuerpo
y no lo supo nadie.*

Silencio, sumisión, frustración, anulamiento... parecen sinónimos de existencia femenina, según canta la poeta, y no es excepcional su canto. La realidad histórica es tan cruda que es mucha la literatura que la (re)crea, quizá con la esperanza de conjurar las infamias cometidas contra las mujeres. También la novela alumbró la cuestión en no pocas ocasiones y, en ese sentido, no hemos resistido la tentación de convocar a una autora como Ana María Matute, porque describe en *Los hijos muertos* el destino femenino como una condena equiparable, sin paliativo alguno, a la cadena perpetua:

("Las mujeres, acaban siempre lo mismo. Pocas se diferencian. Las mujeres acaban cocinando, fregando, transportando cubos de agua, secándose el sudor de la frente con el antebrazo, afanadas. Las mujeres son extrañas: las mujeres que friegan y que limpian, que guisan, que paren, que gimen.")... ("Las mujeres suelen quejarse, en voz baja, unas a otras. Marcadas por gesto dócil, cansado. Las mujeres saben que sus quejas son inútiles, que van como una piedra contra la pared dura, sorda. Las quejas de las mujeres vuelven a caerles a los pies, se agachan y siguen trabajando, cara al suelo.")⁸

Pero el discurso literario que cuenta el sufrimiento y postergación cultural de las mujeres puede ser aún más concreto y más apasionado -incluso más escandaloso, si queremos entenderlo así-. Veamos, si no, cómo Carmen Conde cuestiona en su poema *Súplica final* de la mujer, y desde la angustia que le acrecienta su profunda religiosidad, el sagrado privilegio femenino de la maternidad:

*Señor, ¿Tú no perdonas? Si perdonara tu olvido
ya no pariría tantos hombres con odio,
ni seguiría arando cada día más estrechas
las sendas de los trigos entre zanjias de sangre.
La fuente de mi parto no se restaña nunca.*

*Yo llevo las entrañas por raíces de siglos,
y ellos me las cogen, las hunden, las levantan
para tirarlas siempre a las fosas del llanto.*

[...]

*°Oh tu castigo eterno, tu maldición perenne:
brotar y aniquilarme lo que brotó a la fuerza,
porque un día yo quise que el hombre por Ti hecho
repitiera en mi cuerpo su estatua!*

[...]

*¿No escuchas cuánto lloro
cuando el hombre, dormido, me vuelca su simiente
porque tú se lo ordenas si piedad de mi duelo?
¿No ves mi carne seca, mi vientre desgarrado:
no escuchas que te llamo por bocas estalladas,
por los abiertos pechos de niños, de mujeres?...*

Ser madre, la bendición ancestral con la que nacen todas las mujeres, puede ser denostada, como vemos. Sin embargo, nosotras preferimos pensar que, cuando ese repudio tiene lugar, no significa en realidad un rechazo de la maternidad en sí como tal facultad de procrear, sino más bien, de la carga de abnegación, imposición y sufrimiento seculares con la que se ha identificado culturalmente a la figura de la madre. Veamos, si no, en el siguiente poema de Concha Méndez cómo puede la maternidad frustrada sumir a la mujer en el vacío y el dolor más absolutos:

*Se desprendió mi sangre para formar tu cuerpo.
Se repartió mi alma para formar tu alma.
Y fueron nueve lunas y fue toda una angustia
de días sin reposo y noches desveladas.*

*Y fue en la hora de verte que te perdí sin verte.
¿De qué color tus ojos, tu cabello, tu sombra?
Mi corazón que es cuna que en secreto te guarda,
porque sabe que fuiste y te llevó en la vida,
te seguirá meciendo hasta el fin de mis horas.*

La maternidad va íntimamente vinculada a la naturaleza biológica de la mujer y no son pocas las ocasiones en las que una vivencia traumática de la misma marca negativamente la existencia femenina. Muchas mujeres desean experimentar la sensación de perpetuarse en el hijo, el milagro de la propia carne prolongándose en otro ser. Y lo desean hasta tal punto que el no conseguirlo puede marcar su ánimo como un estigma del que jamás se recuperan del todo, como un vacío que jamás se llena, como un desconsuelo que ya nunca las abandona. Escuchemos a Josefina de la Torre:

*A lo largo de mis años estériles,
°cuánto he pensado en ti!
He apretado la frente de sueños
y he estrujado el pobre desconsuelo
de tu cuerpo pequeño,
tus primeras sonrisas,
tu primera palabra.
He pensado, hijo mío,
que serías la razón de mi vida,
mi compañero,*

*el íntimo secreto de mi lucha,
el regalo para mi soledad
y también mi inquietud.
Cuando he visto
otras madres que guardan su silencio
sobre pequeñas frentes,
he comprendido el torpe desamparo
de mis manos vacías,
y estas lágrimas duras
que todavía me hieren,
me han arañado interiormente.
Y he pensado: "°se van!"
Y sentido el terror de los años que pasan
sin haberte encontrado,
sin conocer tu voz,
sin sentir tu mirada [...]*

Frustración ha sido un concepto tristemente familiar para la mujer a lo largo del tiempo. Ello obedece, es fácil deducir, al conjunto de roles a los que ha venido siendo encadenada tradicionalmente, entre ellos -debido obviamente a su condición biológica- la maternidad. Pero no ha sido el único. También el matrimonio ha tenido una decisiva importancia en su existencia. Porque a él es abocada desde que es una mujercita en ciernes. Para ser una buena esposa se la educa y se le enseña que el hombre al que se entregue será su amor para toda la vida. Luego, claro, se da de bruces con la cruda realidad y suceden cosas como la ocurrida a Elisa, protagonista de *La soledad sonora*.

Elisa se casó porque era eso lo que tenía que hacer. Le habían hablado de cuentos de hadas en los que la joven descubre el cielo en brazos de apuestos amantes y con esa fe abrazó ingenuamente el matrimonio. Su marido, sin embargo, no tuvo en cuenta que ella esperaba nada menos que felicidad de aquella unión. El desapareció casi inmediatamente y, pasado el tiempo, al dársele por muerto ella acabó decidiéndose a descubrir el amor junto a otro hombre.

Pero he aquí que, crueldades del destino, el primero regresó abruptamente y, de pronto, todos esperan que Elisa le continúe amando como antes, negando a la mujer el derecho a continuar una vida con el hombre del que en el presente está enamorada. Ella, por supuesto, se resiste a entenderlo y así se lo confiesa a su actual amante. La desolación y la rabia son evidentes en la reflexión del personaje:

Ante la Iglesia mi marido es Diego [...] Pero ¿es esto justo? [...] ¿Por qué van a ser los demás -y no yo- jueces en la contienda? ¿cómo puede decir la Iglesia que lo moral, lo recto, sea unirme para siempre a Diego cuando es a ti a quien amo? ¿cómo puedo volver a un hombre al lado del cual ni siquiera supe lo que el matrimonio significaba? Me parece - y me suena a pecado confesarlo en voz alta- que ahora le aborrezco por el mal que me hace viviendo¹².

Elisa no es una excepción. Esa sensación de haber sido estafada es común a muchas mujeres y proviene, evidentemente, de una educación escrupulosamente estipulada para que la joven, la mujercita en ciernes, llegue a ser una mujer bien educada, esto es, adiestrada en sus funciones de sumisión al varón y reproducción del sistema de valores que la oprime. Lo vemos en las palabras que la educadora de

Tadea sentencia categóricamente ante el asombro de la niña. La cita pertenece a la novela de Elena Quiroga *Tristura*:

*Una niña no escucha, no mira a los lados... no hay que tener las manos desocupadas... las niñas no están solas, no hacen apartes, todo lo que se habla se puede decir delante de la profesora... Todas las horas del día ocupadas, la imaginación es mala consejera... se anda despacio. Buenos modales. Sin forzarse. No levantes la voz... No se llora. Se traga una las lágrimas. Vergüenza. No se puede andar así, exhibiéndose. Pudor. Pudor... Tápate las rodillas... En el cuarto de baño no se tarda... No te mires al espejo, un día te va a salir el demonio... No cruces las piernas, que la Virgen llora... A nadie le importa lo que tú piensas... Pudor... el verbo querer no existe. Una niña no piensa. No levantes la voz... La letra con sangre entra*¹³.

Pero frente a todo este hostil panorama de imposición instituida, la mujer ha venido desarrollando una singular coraza que le ha permitido subsistir. Esa coraza es la rebeldía y es la única forma de afirmación de la propia personalidad de que ha disfrutado durante mucho tiempo. La mujer ha hablado y ha transgredido, así, su rol histórico de silencio y sumisión. Y lo ha hecho tanto en la vida cotidiana como en la literatura que tantas veces recrea su propia experiencia marginada. Transgresión es la opción vital de Frufrú ante la castradora sociedad que intenta asfixiarla. Ella tiene claro que sólo en libertad vale la pena vivir y es un principio que adopta sin ambages para pronunciarse en primera persona:

*Las mujeres necesitamos libertad. Ah, sí. Necesitamos que nos dejen libres como el aire... si yo quiero ir al pueblo voy al pueblo y si quiero un día coger la maleta y marcharme, pues me voy... ah, sí, por eso me quedo, porque puedo irme...*¹⁴

Rebeldía, locura, soltería, prostitución... han sido ancestralmente conceptos vinculados al deseo femenino de escapar a lo que podemos llamar, sin miedo a ruborizarnos, el yugo masculino. Más aún, han sido conceptos peyorativamente utilizados por los hombres para catalogar de alguna manera las distintas tipologías de desobediencia femenina al canon cultural establecido. No es casual, es ese sentido, que la literatura que *escribe a las mujeres* esté llena de prostitutas, solteras o locas de distinto cariz. Porque han sido un recurso para contar la experiencia cultural heredada y vivida en primera persona. Porque han funcionado como testimonio, no nos quepa duda, de que la mujer sabe escribir y quiere contar lo que siente, a pesar de todas las cortapisas de que ha sido objeto.

Pero parece justo también manifestar que esa situación de marginación que históricamente se ha cebado con la mujer ha ido cediendo poco a poco con el paso del tiempo. Actualmente es más fácil, por tanto, poder escuchar un discurso femenino que no necesita gritar para hacerse oír, un discurso de afirmación serena de la propia identidad como el que pronuncia Cristina R. Court:

Esta hora quieta en la que las mujeres solas se acarician el cuerpo, extienden la mirada lejos [...] Estas mujeres tienen la mirada llena de imágenes. Saturadas de belleza en la memoria. Como si se hubieran ganado la vida a pulso [...] Ellas han entregado su vida a todas las causas [...] Indemnes ya a la destrucción, estas mujeres han cultivado con ternura el lado luminoso de la vida. Sus rostros están como esculpidos de esa tenacidad, de ese encantamiento. Hablan sus ojos de ese

*enigma, de ese instinto de supervivencia [...] Están impregnadas de ese esfuerzo, de ese afinamiento de la sabiduría, del candor de la derrota. Acosadas por estar vivas, estas mujeres han ganado todo. Han conquistado todos sus años [...] Ahora habitan su propia quietud, magnificas en su aprehensión de las cosas [...] Ahora recorren el cuerpo con las manos en esta hora quieta, respiran hondo y sonríen. Miradlas: dormidas en su propio sueño, porque ya no añoran nada. Están rememrando bajo los ojos, tan íntegras, desde ese lado que los otros llaman la locura*¹⁵.

En definitiva, podemos concluir afirmando que la actualidad nos ofrece un panorama cultural que ha dejado atrás la mirada única masculina. Y lo hecho para dar paso a una tradición de **mujeres que escriben** que aunque siempre ha estado ahí, es ahora cuando se perfila con el protagonismo que antes le había sido negado. La mujer siempre ha estado inserta, con mayor o menor grado de clandestinidad, en la cultura. Ha bebido de la tradición que la nombra y que la silencia. Ha conseguido inscribirse de viva voz en la historia que tantas veces la ha ignorado y se pronuncia a sí misma en primera persona. Disfrutemos, para terminar, con un poema de Ana María Fagundo que recrea con un lirismo excepcional la afirmación de la mujer en el marco literario que la ha formado como escritora, al tiempo que se delata como una emocionada confesión de amor por la palabra poética:

*Y mi palabra ya fue, ya es
un son de vida retirada.
Y mi palabra es, ya fue,
un río a cuyo mar
irán sus aguas.
Y mi palabra es un nemoroso canto,
un llanto de Salicio en la espesura,
una alegre ilusión que alegre muere,
una dulce ficción que penosa vive.
Y mi palabra es, ya fue, será
la noche sosegada, la soledad sonora,
el aire que da vuelo y enamora.
Y mi palabra
es mi amada para mí
y yo ya soy, ya fui, y yo seré su amada.
Luciernaga que entre el musgo brilla,
gigante ola que bramando vive,
lira que gozosa canta,
mi palabra ya fue, ya es, será
enhiesta isla entre las algas.
Mi palabra
una polvorienta vereda enamorada,
una sombra,
una luz,
un ansia
ya fue,
ya es,
será
una porfiada pugna,
una gloriosa rosa,
la claroscuro nada*¹⁶.